

XIV

Si el valor de una obra está en razón directa de los pensamientos que nos sugiere, si aumenta, ó moviliza simplemente nuestro caudal intelectual y afectivo, y es como arenga ó clarín de combate que viene á sacudir la quietud egoísta de nuestro espíritu, pocas obras dramáticas estrenadas en los últimos años como el drama *Fin de condena*, del señor Arzadun.

Juzgada con artístico criterio, como obra dramática, podrían oponérsele muchos reparos. Tal vez el lenguaje no es siempre apropiado, tal vez los tipos de presidiarios, excepto el del *Nene*, acabada pintura del criminal neto, no acusan una fuerte individualidad. El autor, por respetos muy atendibles quizás, ha escamoteado en su obra algo que todos adivinamos y convendría que el espectador percibiera por algo más que adivinación.

El régimen penitenciario en cárceles y presidios no es perfecto, quizás hoy menos que nunca, por la falta de una dirección ideal, con definido propósito: perturbación inherente á toda la vida moderna. Mézclanse hoy, en el régimen penitenciario, con innecesarias crueldades, blanduras de sentimentalismo humanitario, usadas á des-tiempo, y por lo tanto contraproducentes, como esos mismos extremos con que algunos malos padres compensan excesivas severidades en castigar á sus hijos; todo sin otra norma que un humor caprichoso del momento.

Pero no toda la culpa es del régimen. Mucha es de los encargados de aplicarlo. La mayor parte de las cosas que suceden en el Penal, escena del drama del señor Arzadun, no suceden por culpa del régimen, sino de los empleados y vigilantes del Penal.

El régimen, á buen seguro, no permite que los presos tengan armas en su poder, ni escriban y reciban cartas con toda libertad, ni salgan ni entren á su placer, ni se emborrachen ni jueguen.

El señor Arzadun ha debido atreverse un

poquito más. El autor francés De Brioux, cuando quiso protestar contra los procedimientos judiciales en Francia, no escamoteó las figuras de los magistrados.

De todas suertes, la obra del señor Arzadun es muy interesante, de las que no se olvidan al caer el telón ó sólo dejan la sensación epidérmica del cosquilleo.

Creo que fué Helvetino quien dijo que todos reímos muy á gusto de las ridiculeces de que nos creemos exentos.

Del mismo modo puede decirse que á todos nos importa muy poco de los males que no esperamos padecer.

¿Por qué, pues, hemos de preocuparnos por la suerte de los delincuentes, ni por el régimen penitenciario á que hayan de ser sometidos? ¡Estamos tan seguros de nuestra honradez! Para los pillos que delinquen cualquier procedimiento y cualquier régimen son buenos. Así discurre nuestro egoísmo.

Mejor dicho, así discurre el egoísmo de muchos hombres, más felices ó más desdichados, ¡quién sabe!—comprenderlo todo bien vale la pena de pasar por todo—hom-

bres que nunca vieron á impulsos de una pasión ó de un sentimiento, de un heroísmo ó de una cobardía, abrirse ante sus ojos, como un relámpago de sangre entre negruras, la vision espantable de un presidio.

Y, no obstante, eso que puede ser no más presentimiento, en quien quizás por creerlo posible, más sabría evitarlo, puede ser realidad para el que menos lo piense.

¡Cómo sentirá entonces que otros hombres, por ser tan egoístas como él, por estar tan seguros de sí mismos, no se hayan preocupado nunca de estas cosas que vemos indiferentes á diario, en las que no pensamos nunca, como si nunca hubieran de importarnos!

Toda la moderna ciencia penal se encamina á individualizar delitos y penas. Nada de fáciles clasificaciones generales.

No hay dos hombres que sean delincuentes de la misma manera ni por los mismos motivos. El penalista, como el médico al enfermo, no debe considerar al delincuente como á un ser de abstracción. No es *el enfermo*, no es el delincuente; es *un enfermo, un delincuente*.

El régimen penitenciario no puede ser una teoría terapéutica general.

No debe aplicarse la misma pena en común á diferentes delincuentes. La pena, como el medicamento, no ha de ser siempre dulzura, pero ha de procurarse que sea remedio y curación.

Para nuestro régimen penitenciario, para el de todos los países, todos los delincuentes de iguales delitos son iguales.

Error profundo, palpitante á la más viva luz en el drama del señor Arzadun.

La convivencia de numerosos delincuentes de diferente condición es la causa determinante de una tragedia, contra la cual no cabe la sumisión á un hecho implacable, como el fatal de *Sapho* en la tragedia griega.

En estas tragedias sociales, el destino puede vencerse, el destino está en manos de los hombres: ellos pueden vencerlo con inteligencia y con voluntad, unidas en el corazón.

En Inglaterra, la obra de Galsworthy, *Justicia*, dió ocasión á que un ministro reformara el régimen penitenciario.

La obra del señor Arzadun no aspiraba seguramente á tan alta consideración. Por si acaso esto hubiera sido para él un desengaño, he querido compensarle con otro. No esperaba el autor de *Fin de condena* que un autor dramático hablara con admiración, y muy sincera, de su excelente obra.



XV

La Sociedad de Autores tiene el inconveniente de toda sociedad humana, desde el Estado nacional, la de más altos fines, á la más insignificante sociedad dentro del Estado.

Todas ellas suponen un sacrificio del individuo en beneficio de la colectividad. Toda sociedad es una compensación de fuerzas, con detrimento de los más fuertes y provecho de los más débiles.

Lo importante es que esa fuerza social, compensación de las fuerzas individuales, compense á su vez, por el resultado, del sacrificio de los mejores.

Las sociedades absorben, anulan al individuo. A la iniciativa genial se prefiere la ordenada disciplina. El genio, el héroe, el santo, son perturbadores en una sociedad fuertemente organizada. La aspiración de toda sociedad es la llanura: como se alce alguna eminencia todavía ante nosotros,

mientras logramos derribarla, pedimos que se allane modestamente, esto es, que nos trate con *llaneza*. La soberbia de los pequeños exige modestia á los grandes. En lugar de ofrecerlo, los vasallos piden tributo á los señores.

En resumidas cuentas, el problema de toda sociedad es uno. ¿Vale lo que cuesta? ¿Es preferible la mediación de muchos á la superioridad de unos pocos? Una sola montaña ¿vale por muchos altozanos? Un talento genial ¿vale más que muchos discretos ingenios?

En una sociedad no puede haber satisfacción cuando todos y cada uno de los individuos que la componen no se sientan más fuertes en ella que por sí solos.

¿Para conseguirlo? Para conseguirlo es preciso infundir un espíritu en ella, ese espíritu que es toda la fuerza de las comunidades religiosas, que estarían bien combatidas si antes fueran bien imitadas.

Malo es que los pueblos no hallen quien los gobierne á su gusto; malo es que la Sociedad de Autores no halle Junta directiva que le convenga.

Antes de mirar si hay hombres que respondan al espíritu de la Sociedad, miren si en la Sociedad hay espíritu que infundir á esos hombres. Más espíritu y menos política; más espíritu y menos administración.

Y veréis qué cosas más prácticas dice el espíritu. En primer lugar, cuando hasta los peores Ayuntamientos (no aludo al de Madrid) tienden á municipalizar los servicios y á suprimir los arriendos, la Sociedad de Autores no debe en ningún caso arrendar sus recaudaciones.

Que es preciso una revisión de tarifas, pues son muchos los teatros mal clasificados como de primer orden; ni es justo tampoco, en teatros de cualquier categoría, que sea el teatro y no los precios que rigen según la compañía que en él actúe, lo que determine la cuantía de los derechos.

Que deben suprimirse los derechos dobles de estreno, en provincias. Esta exigencia sólo sirve para impedir el estreno de muchas obras. Sobre todo, las obras en un acto, en compañías de género grande. Las empresas se niegan á pagar derechos dobles por obras que no constituyen espectáculo.

Aun tratándose de obras grandes, si el autor no es de firma ó la obra no ha tenido un éxito excelente, las empresas se muestran refractarias á pagar estrenos: si las compañías son buenas, porque el público acude lo mismo; y si son malas, por la misma razón, sólo al contrario: porque el público no va de ninguna manera.

No digamos si la compañía es de las famosas y el abono es por pocas funciones y está bien cubierto. Entonces, la empresa, de gastos no quiere que le hablen, de estrenos ni en broma: «A ustedes vienen á verles con cualquier cosa. ¡Buena gana de pagar derechos dobles!» Y se representa cualquier refundición del teatro antiguo y... todo se queda en casa.

No olvidemos lo mucho que hay que hacer por esos mundos de América: como que hay que hacerlo todo.

No olvidemos el montepío. ¡Ese montepío que ya tienen hasta los toreros, para vergüenza de los autores!

Ahora, por lo pronto, nada más urgente que salvar el teatro de esos impuestos intolerables que hacen imposible su vida.

El teatro no debe nada en España á los Gobiernos, no es justo que se lo pague todo.

¡Tan agradecidos como debieran estar los Gobiernos al teatro y á los toros! Cuando se habla de teatros ó de toros, es el único rato en que no se habla mal del Gobierno.



XVI

«Todo el año es Carnaval» escribió *Figaro*. En efecto, todo el año... menos en Carnaval. Con sus disfraces y sus caretas, el Carnaval es la fiesta de la verdad.

El hombre inventó la careta que cubre el rostro, para destaparse, y los disfraces carnavalescos, para vestir una vez al año á gusto suyo, á despecho de la moda y de la costumbre. Durante todo el año, apenas si podemos distinguir la condición social de cada uno por el traje, ni siquiera lo que haya en él de elección propia. Modistas y sastres uniformán á la humanidad, y si por el vestido se advierten diferentes graduaciones en las huestes sociales, más será por el gasto que por el gusto. Se viste como se puede, y no como se quiere. ¿Quién no sabe hoy de elegancias, si los periódicos vulgarizan á diario todos los refinamientos de un

arte, que ya no tiene secretos, divulgados todos por inteligentes escritores?

El teatro, por su parte, quizás no sea escuela de las costumbres, ni espejo de la vida; pero, en cuanto á las mujeres se refiere, sobre todo, es figurín de la moda elegante y espejo de maneras distinguidas.

Sólo en Carnaval triunfan la libre inspiración y el propio gusto. Díme de qué te disfrazas, te diré quién eres; lo que no hubiera sabido decirte en otros días del año. ¿No es cierto, Manolito, Juanito, Enriquito, que por unos días andáis á gusto vuestro, con las ceñidas faldas de vuestras hermanitas? Y vosotros, niños llorones y bebés de corto, que así disfrazados embromáis á vuestra novia en estos días y solo en ellos parecéis lo que seréis siempre, eternos niños llevados por una mujer, que será eterna niñera vuestra.

Y vosotros, guerreros, tenorios teatrales, cocineros, ratas, pierrots, payasos; y vosotros los que, por todo disfraz, os envolvéis en una colcha ó en un tapete ó en un capote de monte; los que sudáis bajo un disfraz complicado ó los que buscáis holgura y co-

modidad ante todo, ¿no os desnudásteis espiritualmente al disfrazaros?

Por algo fué la primera careta pintada sobre el rostro con uvas estrujadas en vendimiales triunfos. Como en el vino, está la verdad en ella. Y como sobre la turbia cerebral del beodo flotan la grosería ó la educación de su espíritu, sobre la careta, de cartón ó de raso, asoma la verdad del rostro espiritual y el traje de máscara es el espíritu exteriorizado por unas horas: horas de libertad para el esclavo, como en el Carnaval de la antigua Roma.

Por eso advertiréis que los más aficionados á disfrazarse en Carnaval son los que más disfrazados andan durante todo el año. Por eso también los carnavales más brillantes han sido en pueblos y en épocas de tiranía política y de hipocresía social. Famosos fueron los carnavales de Florencia, bajo la tiranía de los Médicis, los carnavales de Venecia y de Roma, bajo el despótico poder de la Señoría la una, bajo la fatimada política de los pontífices la otra.

Famosos fueron en Buenos Aires los carnavales rojos, bajo el dominio del tirano

Rozas, el restaurador de las leyes, como le proclamaban sus adictos gauchos.

Todas las grandes tiranías, políticas y religiosas, han compensado las libertades suprimidas con el libertinaje permitido.

La decadencia del Carnaval en los tiempos modernos debe regocijarnos. Señal es de que podemos desenmascarnos en otros muchos días del año.

Ya solo se disfrazan los tímidos y los vergonzosos. Los demás ¿para qué? Antes, se aprovechaban estos días para decir en broma unas cuantas verdades. Ahora, nos decimos todos los días las mayores verdades y lo tomamos á broma.

Antes, las máscaras nos decían lo que no habíamos oído en todo el año. Ahora, vendrían á decirnos lo más oculto de nuestra vida privada, y no nos sorprendería ni creeríamos por eso que era un amigo íntimo quien nos embromaba, no: cualquiera, uno que lee periódicos.

¿Quién tiene ya una historia secreta?

¿Quién tiene ya vida privada?

El Carnaval ya no tiene razón de ser como fiesta de la verdad. Por eso, á las caretas y

á los disfraces sustituyen las batallas de *confetti* y de flores. Hay quien los envía como una caricia y hay quien los arroja como si apedreará. A éstos les convendría mucho esa amable careta, ese disfraz elegante que son la educación y la cortesanía, sin los cuales no debiera andar nadie nunca, y menos en Carnaval, ya que está permitido disfrazarse. Más vale una buena careta que una mala cara. Sobre los instintos naturales, que son la mala cara, pongamos la educación, que es la buena careta, y antes que fiesta de la verdad, como los carnavales, hagamos del mundo fiesta de cortesía, aunque hubiera de ser Carnaval todo el año.



XVII

Como era de esperar, el alarde nobilísimo del obispo de Jaca al mostrarse partidario de la concesión del Premio Nobel á Pérez Galdós ha desatado las iras de esos vocingleros energúmenos, más perjudiciales á la verdadera doctrina católica que sus peores enemigos.

Tanto dañan á cualquier partido estos extremosos, que siempre hay razón para pensar de ellos si no estarán vendidos al partido contrario.

Estos son los que, en vez de llamar, ahuyentan con sus alaridos. Diríase que les contraría no ser ellos solos, por si tocaran á menos, y apenas advierten movimiento que pueda parecerles de aproximación procuran espantar al que se acerca con simpatía, para que no le vuelvan á quedar ganas de acercarse á un redil donde todo son perros ladrones y las ovejas no parecen.

Más ha hecho por la verdadera religión cristiana el obispo de Jaca acercándose al gran novelista que supo infundir vida á la santa figura de Nazarin, que esos intransigentes desaforados, malos cristianos y peores españoles.

Por culpa suya, daremos una vez más ante el extranjero el lamentable espectáculo de nuestras divisiones y de nuestras intolerancias.

A Estokolmo llegarán sus furiosas protestas, y como allí no han de ser más papistas que el papa, como lo son estos empecatados de nuestra tierra, es posible, al ver cómo ni en la estimación de nuestras propias glorias estamos de acuerdo, se desentiendan allí de estimarlas y, en la duda, vaya á parar el premio á cualquier luterano ó judío ó librepensador extranjero, con lo cual se darán por muy contentos los buenos católicos españoles que hayan protestado contra la concesión á Pérez Galdós.

¿O es que sólo les parece mal que se conceda el premio á un escritor de la cáscara amarga, cuando ese escritor es español?

No hay pasión que se disfrace tanto y de

tantas cosas como la envidia. Hasta suele disfrazarse de caridad, su virtud opuesta. Con esto sólo, dice su fealdad y su bajeza, pues no hay pasión ni vicio que tanto se disimule.

Siempre me ha parecido una desdichada equivocación el personaje de Walton en *Un drama nuevo*, de Tamayo y Baus, ese mediano autor dramático, encumbrado por nuestros neos á medida de su conveniencia y respetado por nuestros liberales, tan simplices y candorosos en esto de respetar admiración impuesta, por sus implacables enemigos, como en aceptar el poder cuando mayores son las responsabilidades y los peligros.

La fama de Tamayo y Baus como gran autor dramático, ha sido, y es todavía, uno de esos endosos aceptado cándidamente por nuestros liberales. ¡ Pero que no se diga que somos intolerantes! ¡ Como si los otros no lo fueran siempre, y sin cuartel, con los escritores liberales!

Tiempo hubo en que don Manuel Cañete, con crítica del bando neo, pretendía obscurecer el nombre glorioso de Echegaray, su

teatro vigoroso y vibrante, contraponiéndole el descolorido y artificioso de Tamayo y Baus.

Y vuelvo á lo que iba, aunque todo es ir á lo mismo. El personaje Walton de *Un drama nuevo* es un envidioso que no disfraza su envidia. El mismo dice á cada momento que es un envidioso y por envidia odia á su compañero Yorik. ¡Qué profunda psicología!

Comparen á Walton con Yago. También envidia á Otelo y á Casio, también la envidia es el único móvil de sus acciones; pero, ¡lo que va de Shakespeare á Tamayo! ¡Lo que va de un verdadero autor dramático á un habilidoso manejador de títeres teatrales!

Yago ni á sí mismo se confiesa nunca envidioso. Dice que Odia á Otelo porque sospecha que en algún tiempo tuvo que ver con su mujer. El sabe que no es cierto, pero le conviene creerlo y lo cree; todo, menos declarar su envidia, pasión vergonzosa, reveladora de inferioridad.

En cuanto á Casio... no le envidia, le desprecia: «¡Mero teórico sin práctica!» dice.

Y así es la envidia, única pasión que no se conoce á sí misma, que no quiere conocerse nunca.

Y como Yago son esos que protestan contra Pérez Galdós, en nombre de doctrinas, de ideas, dicen ellos. En realidad, envidiosos.

Como por envidia también arremeten contra el obispo de Jaca. ¡Un obispo simpático á los liberales, respetado y alabado por ellos! ¿A dónde vamos á parar? Pues qué, ¿no habíamos convenido en que el verdadero católico ha de tener cara de perro, para todo el que no piensa como él piensa?

¿Cómo han de comprender al buen pastor del dulce silbo esos malos pastores que solo saben de silbar la honda en torno, con lo cual más espantan á las ovejas descarriadas?



XVIII

El publicista y orador republicano Eugenio Noel ha emprendido con decisión una ardorosa campaña contra las corridas de toros y su derivado el flamenquismo. Esta campaña, sin duda alguna, le indispondrá con muchos de sus correligionarios, más atentos á lisonjear al pueblo en sus vicios y errores que á decirle verdades amargas.

Estos aduladores del pueblo son tan detestables como los aduladores de reyes, y mucho más perniciosos.

Nuestra fiesta más nacional, según el conde de las Navas, es, aparte el Ministerio de la Gobernación, en días de elecciones, el único medio de inteligencia entre monárquicos y republicanos. Podrán no estar de acuerdo en los sistemas de enseñanzas, de educación popular; pero en la eficacia de las corridas de toros, como sistema de embrutecimiento, están conformes en absolu-

to. Ninguna otra cuestión de interés para la vida nacional logrará ponerles de acuerdo. En todas ellas, antepondrán hasta el antipatriotismo sus intereses de partido á los intereses nacionales.

La bandera española que, sobre el mismo edificio de la representación nacional no consigue unir á los representantes de España en una misma aspiración, sólo en la Plaza de Toros puede ufanarse de culminar sobre millares de españoles en verdadera comunión espiritual.

Es achaque en las dolencias colectivas confundir lo sintomático con lo esencial, y así, no debe culparse á las corridas de toros como enfermedad esencial, sino como síntoma más visible y alarmante, de más hondo padecimiento.

Las corridas de toros son el granito, manifestación de la sangre viciada. Sería inútil acudir con emplastos exteriores al grano sin depurar la sangre con más eficaces remedios.

Las corridas de toros son un vicio de nuestra sangre, envenenada desde muy antiguo. Quizás hayan sido muy convenien-

tes, y lo sean todavía, como derivativo atenuante de mayores ferocidades. Si no se tostara á los toros en las plazas, tal vez tostaríamos herejes en las hogueras inquisitoriales. Como en las antiguas y bárbaras religiones al dulcificarse sus prácticas religiosas, el animal ha sustituido á la víctima humana en los sacrificios expiatorios.

Lo incomprensible es la pasiva indiferencia, que en este caso es aprobación y asentimiento, de la Iglesia Católica ante las corridas de toros. Tan celosa en fulminar anatemas contra los errores de pensamiento, más involuntarios y disculpables, no lo es del mismo modo contra estos errores de acción.

Las blasfemias y los pecados de las plazas de toros no le preocupan á la Iglesia como una sola vacilación espiritual. Diríase que todo lo teme de la inteligencia, y nada teme de la brutalidad. Para la inteligencia son todos sus rigores; para la brutalidad sus más indulgentes sonrisas.

Consecuencia de esta indulgente disposición de la Iglesia hacia las corridas de toros es el gracioso favor de las más nobles y

católicas damas, que nunca protestaron contra la salvaje fiesta. ¡Ellas, todo suavidad y dulzura y sentimientos cristianos! Ellas, que por menos de nada protestan contra el periódico, el libro, la comedia; ellas, que por combatir algo menos pecaminoso y anticristiano, fundan Sociedades y Ligas y Apostolados... contra las corridas de toros, nada! Asisten complacidas y autorizan con su presencia una fiesta de sangre, en la que puede muy bien morir sin confesión, en pecado mortal, un hombre, un prójimo, una criatura humana; una fiesta en que tanto se ofende á Dios y en que tanto se rebaja la dignidad del hombre.

A despecho de toda lógica, sucede entre las mujeres españolas que justamente las que menos alardean de sus sentimientos religiosos son las menos aficionadas á las corridas de toros. Las mujeres de nuestra clase media, las menos devotas, son también las menos toreras. En cambio, las damas de nuestra aristocracia, las más tocadas de devoción, son el mejor ornato de las corridas. Entre las mujeres del pueblo, también suele ir unido el fanatismo supersticioso—no

es otra cosa el sentimiento religioso en la mujer del pueblo,—á la furia torera. La estampa de la Virgen de la Paloma y el croquis de Vicente Pastor no suelen estar muy distanciados.

Entre los hombres, también podéis estar seguros de que el aficionado á los toros es siempre un espíritu *fetichista* de estampitas, un retrógrado siempre. Son los que no comprendieron ni amaron nunca una idea si no la vieron personificada en el ídolo, en la estampita milagrera.

Hasta su misma fiesta favorita, las corridas de toros, no tiene sentido para ellos fuera de la devoción á su torero. Para unos, la fiesta es *Machaquito*, para otros *Bombita*, para otros Vicente Pastor. Para ellos, la fiesta no tendría razón de ser si no fuera un medio para que triunfe su torero, su ídolo. Como para nuestros políticos la vida nacional importa poco, si no es también un medio para que triunfe y gobierne el jefe. Jefe que ha de ser, por su parte, un medio para que triunfe la vanidad de sus partidarios, como el torero ha de serlo para que triunfe la vanidad de los suyos.

XIX

Pocos recordarán dónde y cuándo se oyó en Madrid, por primera vez, música de Wagner. Fué en el derribado Teatro Circo del Príncipe Alfonso; entonces se llamaba Teatro Circo de Madrid y vulgarmente Circo de Rivas. Y no fué en los conciertos celebrados allí en primavera, por la antigua Sociedad que dirigieron, si no recuerdo mal, Barbieri, Monasterio, Vázquez y otros muchos, hasta estos nuestros días de la Sinfónica, descendiente legítima y directa de aquella primera Sociedad de Conciertos. La primera vez que se oyó música de Wagner en dicho Teatro Circo, fué en un baile de espectáculo, *Barba Azul*, presentado con gran lujo en trajes y decoraciones, con numeroso cuerpo de baile, del cual era estrella mayor la célebre *Pinchiara* (Emilia) y estrella, menor en arte, mayor en hermosura, su hermana Josefina.

Todavía recuerdo el brillante desfile del cortejo de Barba Azul, con su elefante blanco y sus jirafas, montadas por enanos y sus guerreros con vistosas armaduras. Y después, el campamento del terrible decapitador de mujeres, con un lucido ejército de Amazonas.

Aun me estremezco al recordar la aparición de las mujeres de Barba Azul, con la cabeza debajo del brazo. Hoy, diría algún autor cómico que Barba Azul es un marido que quita la cabeza. Pues en ese baile de gran espectáculo y en uno de los cuadros titulado: «Muerte de Barba Azul y alegría general», se bailaba en señal de regocijo funerario, con acompañamiento de música de Wagner. Era un fragmento de la sinfonía de *Rienzi*. La partitura del baile estaba hilvanada, sin duda, con trozos escogidos traídos de todas partes y el compositor ó zurcidor no había remendado con paño viejo, sino del más flamante en aquellos días, en que Wagner era aun desconocido por el mundo, mucho más en España.

Después... la Sociedad de Conciertos procuraba imponer á la admiración y al res-

peto la nueva música; música del porvenir, se decía entonces. Los fragmentos hoy más vulgarizados, los que han sido aplaudidos con entusiasmo, hasta en la Ronda de Embajadores, gracias á nuestra banda municipal, promovían entonces las más indignadas protestas y cada nueva audición era una batalla. En los periódicos y en las revistas teatrales, menudeaban las sátiras y los chistes á costa de la música del porvenir.

El estreno de *Rienzi*, primera ópera de Wagner, cantada en Madrid, fué un fracaso. Poco menos, el de *Lohengrin*, muchos años después, maravillosamente cantado por Gayarre. Y eso que, ya el *snobismo* iba aprendiendo á fingir que abría la boca de admiración, cuando en realidad, hostezaba de aburrimiento.

Después en pocos años, hemos corrido tanto en esto del *wagnerismo*, que yo no sé si de tanto correr, nos habremos pasado.

Hay quien, sin haber aprendido á deletrear en cartillas ni en catones musicales, pretende leer de corrido en estos libros mayores de Wagner.

Esto me recuerda lo de aquel zapatero remendón, terrible crítico de sermones, á los que ponía siempre el mismo reparo: ¡Poca Teología, poca Teología! Y como uno de los predicadores censurados, fuera á preguntarle:—Pero, ¿tú sabes de Teología? El zapatero le respondió muy convencido— ¡Anda! ¡Pues si supiera yo de leer y escribir lo que sé de Teología!

Muchos son los wagneristas que pudieran decir lo mismo. Ellos no saben de leer ni de escribir, pero ¡de Teología!

Y, menos mal y Dios nos conserve á estos buenos *snobs*; que siquiera van dóciles y humildes al hilo de los entendidos y se dejan llevar y con ir á la moda están contentos. Más peligrosos son los *snobs* singulares; los que, apenas van cuatro personas por su camino, ya quieren echar por otro y sacar moda nueva para ellos solos, y si no la encuentran de su gusto en alguna novelaría, desempolvan una antigualla.

A éstos, ya les molesta que Wagner se vulgarece demasiado, y unos se van tras Debussy y otros en pos de Strauss y otros esperan al Mesías.

Los hay de: Volvamos á lo antiguo. Y en cangreuil carrera, suben hasta Bach y luego hasta Palestrina y luego hasta la música griega y luego... ¡Qué se yo! hasta la música celestial.

Y á unos, toda música les parece de una indigente sencillez, impropia de sus sabios oídos; á otros, de una artificiosa complicación ajena al verdadero arte. Y para unos Wagner es ya poco y para otros es ya demasiado. Y ni ellos se entienden ni los entiende nadie. Y, entre tanto, de Wagner, como de todo artista, va envejeciendo lo que es artificioso, técnica, procedimiento y va depurándose lo que es inspiración, espíritu, verdad, en una palabra.

